



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10393

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º al 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 23 DE JUNIO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

OPERACIONES AL CONTADO Y A FECHA
COMPRAS VENTAS
DE TODA CLASE DE VALORES
cotizables en las Bolsas
DE MADRID, PARÍS Y LONDRES
CAMILO PEREZ LURBE
12, CASTELLINI, 12

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana.

EL SENTIDO POPULAR

Las repetidas y espontáneas manifestaciones de simpatía que la ciudad de la Coruña ha tributado a la escuadra francesa del vicealmirante Regnault y que se prepara a secundar el Ferrol, han llamado con justicia la atención del público y de la prensa periódica en Francia y en España.

Es tanto más notable esa corriente simpática, cuanto que no tiene nada de oficial ni de calculada; cuanto que se pronuncia de abajo arriba, permaneciendo ajenos a ella los Gobiernos y siendo los principales motores de las demostraciones el público, las corporaciones populares y algunos periódicos de ambos países.

Ochenta años de paz; un cuarto de siglo de convivencia de la Monarquía en España y de la República en Francia, sin que las distintas formas de Gobierno influyan lo más mínimo en las amistosas relaciones; el convencimiento adquirido de que la República francesa no es propagandista, sino que se propuso respetar y respetar el derecho de los otros pueblos, así como España da por su parte ejemplo de moderación, limitándose a conservar los restos de su antiguo poderío y eliminando la conquista ultramarina del número de los medios de restaurarlo; to-

das estas circunstancias explican por qué la simpatía entre las dos naciones latinas del Mediodía de Europa aparece hoy tan espontánea y arraigada.

A la comunidad de raza, a la similitud de idioma y de historia hasta la edad moderna, júntase la comunidad de intereses, por ser vecinas ambas naciones y por los grandes capitales que Francia ha empleado en los ferrocarriles ó en los fondos públicos españoles.

Bien puede afirmarse que el tiempo, los adelantos de la civilización y la intervención de los pueblos en su propia suerte, que es uno de aquellos y no el menos precioso, han borrado por completo la antipatía accidental que a principios de siglo existió entre franceses y españoles.

Tal antipatía, contraria a los vínculos de la vecindad y de la raza, que estableció la naturaleza misma, no era, rigurosamente histórica. Hasta el advenimiento de la Casa de Austria en 1516, Castilla y Francia habían sido amigas y aliadas; la rivalidad, cuando la hubo, fue con Aragón al extenderse por el Mediterráneo. Mas aun esa rivalidad fue transitoria, hasta que, constituidas en Europa las grandes naciones sobre la base de Monarquías centralizadas y aspirando una de ellas a la supremacía, surgió lo que fue denominado «sistema de equilibrio europeo» que engendró muchos lustros de estériles guerras entre los dos pueblos casi hermanos.

Por cierto que esa política del equilibrio europeo, a la que tanto fue preciso sacrificar y que, indudablemente, retrasó algunos años la marcha de la civilización, no estorbó que se formasen Estados como Rusia con sus 80 millones de habitantes, mientras que en América la inmigración caucásica formaba otro de inmensa extensión y con 70 millones de almas. A todos excede Inglaterra, con más de 30 millones en diversas regiones

y con poseer la sexta parte del globo habitado.

No hubiese merecido, a nuestro juicio, la política llamada «del pacto de familia» las censuras que la del equilibrio sí, después del error cometido por Carlos III de seguir a Francia en el apoyo dado a la independencia de las colonias inglesas de América, no hubiese quedado abierto el camino para que el genio imperioso y absorbente de Napoleón I reprodujese, falsándolo en su espíritu, el pensamiento de Luis XIV y abusase de los tratados y de los precedentes históricos, como abuso de todo, aquel genio de la guerra con instinto suicida.

La política, tan combatida, del «pacto de familia», que realmente se inicia con la frase de Luis XIV «ya no hay Pirineos», pronunciada en Enero de 1701, pero que no se formula en tratados hasta el de 1733, fue, al principio (y esto suele olvidarse) muy propicia a España. Merced a ella, el Gabinete de Versailles vivió, desde 1723 hasta 1746, sujeto a la ambición y a las veleidades de una Reina española, Isabel Farnesio, y cooperó activamente a restablecer el dominio de Príncipes de nuestra nación en Nápoles, Parma y Plasencia.

Una sola causa ha habido para que las relaciones íntimas y de fraternidad inauguradas entre España y Francia, mediante el testamento de Carlos II, se trocasen en enemiga entre ambos pueblos. Esa causa fue la fascinación, inexplicable de modo natural, mas positiva, que el genio militar de Napoleón I ejerció sobre los soberanos como sobre los pueblos de Europa. Esa causa personalísima, no popular en el fondo, desapareció cuando los dos grandes errores de Napoleón: «usurpación del trono de España», «expedición a Rusia» hubieran dado en tierra con el imperio. Desde aquella fecha, repetimos, han transcurrido ochenta

años de paz y de amistad; y puede admitirse que en tan largo periodo nunca han sido las relaciones tan seguras y exentas por ambas partes de toda mira egoísta ó de ambición, como en el cuarto de siglo, que la tercera República francesa cuenta de existencia.

Entretanto, y a favor de la paz, los vínculos materiales, intelectuales y morales que siempre existieron entre ambos pueblos, hanse multiplicado y fortalecido mediante el influjo de la literatura y la ciencia francesa, del capital empleado en valores españoles y en empresas industriales ó comerciales, y también con la constante buena inteligencia entre ambos gabinetes, revelada al mundo en los asuntos de Marruecos.

Sin pactos, sin compromisos internacionales, sin intervención de los respectivos Gobiernos, por el mero efecto de causas naturales ó históricas, los pueblos francés y español estrechan cada día más sus relaciones. Ese significado le atribuye la prensa periódica de París a la recepción de la escuadra francesa en la Coruña, y por su parte *La Epoca* se adhiere sinceramente a tal interpretación.

(De *La Epoca*.)

TIJERETAZOS

Dice «La Publicidad» de Barcelona: «Toda persona honrada desea que se persiga a sangre y fuego el anarquismo que tantos crímenes comete».

Pero toda persona honrada está temiendo que la ley que esos criminales han hecho concebir con sus inauditos atentados, sirva para todo menos para perseguir el anarquismo.

En eso se fundan los demócratas y liberales para mirar el proyecto de ley con malos ojos.

Y es que vuelven la vista atrás y al considerar lo que fue la ley de vagos anterior a 1868, piensan lo que sería en manos del caciquismo la ley de referencia.

Por eso dice un periódico garandose en salud:

«Dios haga que la nueva ley no sirva para perseguir a los republicanos, de jando a los anarquistas tranquilamente en sus casas.»

Un telegrama de Madrid desmiente la noticia, de que el consual de los Estados Unidos en la Habana haya enviado a su gobierno un informe de la situación de Cuba.

Las noticias de los Estados Unidos dicen lo contrario.

Y a ellas nos atenemos, por dos cosas: Porque debe saberse mejor en Nueva York que en Madrid lo que pasa en los Estados Unidos.

Y porque tratándose de nuestros amigos los yankees no podemos dudar de nada.

¿Quién había de pensar que mandarían dinamita a la isla de Cuba para hacer la guerra?

En los yankees todo es verosímil.

De modo que hay que creer en el informe y en que estará escrito en favor nuestro.

Los padrinos del general Martínez Campos han enviado una carta a los de general Borrero dando por terminada la cuestión personal, pendiente entre ambos señores.

Y el general Borrero ha nombrado nuevos padrinos.

Queda en pie la cuestión.

Pero el país aparta la vista de ese asunto.

Tiene cosas en que ocuparse que le interesan mucho más.

BIBLIOGRAFIA

Acaba de publicarse y se vende en las principales librerías de España, el segundo tomo apéndice de la obra titulada «Código de España comentado y concordado», con arreglo a la última edición oficial. Esta obra está escrita por el ilustrado jurista que veía su nombre bajo el pseudónimo Quintus Mácius Scévola.

Nada nuevo podemos decir en el prólogo de este tomo, después de las alabanzas y encomios justamente prodigados en

todos sus sentimientos, que casi se quedó espantado de una separación tan pronta de los principios a que había prometido permanecer fiel. Partió antes que el cambio obrado en su carácter hubiese sido oportuno por su antiguo amigo, y este se comprometió a pagarle no tardanza la visita.

Tal era el estado mental de Ernesto Maltravers a los treinta y seis años, edad en que el cuerpo y el espíritu adquiere toda su perfección; edad en que los hombres generalmente empiezan a comprender sus deberes de ciudadanos y desean llenarlos con distinción. Unas facultades plenamente desarrolladas, un entendimiento ricamente dotado, una constitución vigorosa, rejuvenecida de nuevo por una vida dura y activa, en fin, una experiencia sólida, todo esto se reunía para dar a Maltravers los medios de hacer a la humanidad servicios útiles y duraderos, asegurando para sí la más elevada felicidad terrestre, la que se funda en la rectitud del corazón, la satisfacción de la conciencia, el digno empleo de la potencia intelectual. Ahora, bien lo conocía, con el mas leve esfuerzo podía evitar las faltas en que se vio comprometido en otra época; a causa de una imaginación ardiente y una apreciación exagerada de la naturaleza humana. Sin embargo, con todas estas ventajas, apoyado en la riqueza y el nacimiento, Ernesto Maltravers por una voluntad perversa encerraba su al-

conocido se habría roto el hielo, y la fuente habría vuelto a tomar su curso natural.

Había vuelto a Inglaterra sin saber apenas por qué; no era ciertamente para entrar de nuevo en la vida activa; podía ser el fastidio de ver, continuamente escenas extrañas, de oír lenguas que no le eran familiares, é muy simplemente, el deseo vago de cambiar, el que le hacía volver a su patria; pero no convenía consigo mismo en unos motivos tan poco filosóficos y, cosa más extraña aún, no quería convenir tampoco en que hubiese un motivo más laudable y mas verdadero, cual era su amistad a Cleveland, su ya edad y cuyas enfermedades iban en aumento. A Maltravers no le gustaba pensar que todavía era susceptible de un sentimiento tan tierno; singular forma de orgullo! Prefería persuadirse que había regresado solamente por vender a Burleigh, atreger definitivamente sus negocios, y luego dejar su patria para siempre. Para convencerse de que esto era realmente así, había tomado la resolución cuando desembarcó en Dover, de ir en derecha a Burleigh y escribir a Cleveland su llegada a Inglaterra. Pero su corazón no le permitió este lujo de mortificación personal; antes de hallarse a seis millas de Londres, fueron dirigidos sus caballos para Richmond.

Pasó dos días con el buen Cleveland, y estos dos días habían enervorizado y debilitado de tal suerte

de la civilización, harto de la mayor parte de los triunfos por los cuales aulaban los hombres civilizados y se atormentan en vano, se había mezclado entre unas hordas semi bárbaras.

Las aventuras en que su vida se había preservado solamente por una vigilancia constante, y por las resoluciones más prontas, lo habían arrancado por un tiempo a sus hábitos contemplativos. Su corazón había permanecido inactivo, pero su inteligencia y sus fuerzas físicas habían estado continuamente ejercitadas. Entraba de nuevo en la sociedad de sus iguales con una extensa y variada experiencia, y cargado con una dosis algo fuerte en demasía, de aquella moral opaca que tiende a persuadirnos de la vanidad de la locura, de la vida humana y de sus ambiciones.

El carácter de Ernesto de Maltravers nunca había estado exento de defectos, ni había sido enteramente completo: a veces, por ejemplo, permanecía en una práctica muy inferior a su capacidad moral é intelectual, por el caso de traspasar los límites de la grandeza y de la bondad. Ahora parecía estar en los límites, o al menos lo estuvo del gran secreto de la vida. Pero sobre este punto las apariencias eran engañosas; su espíritu había adquirido una cualidad que le faltaba, la dureza.

Los hombres no tenían ya el poder de afectar, porque ya no les oprimaba, y se sentía más cerca de la